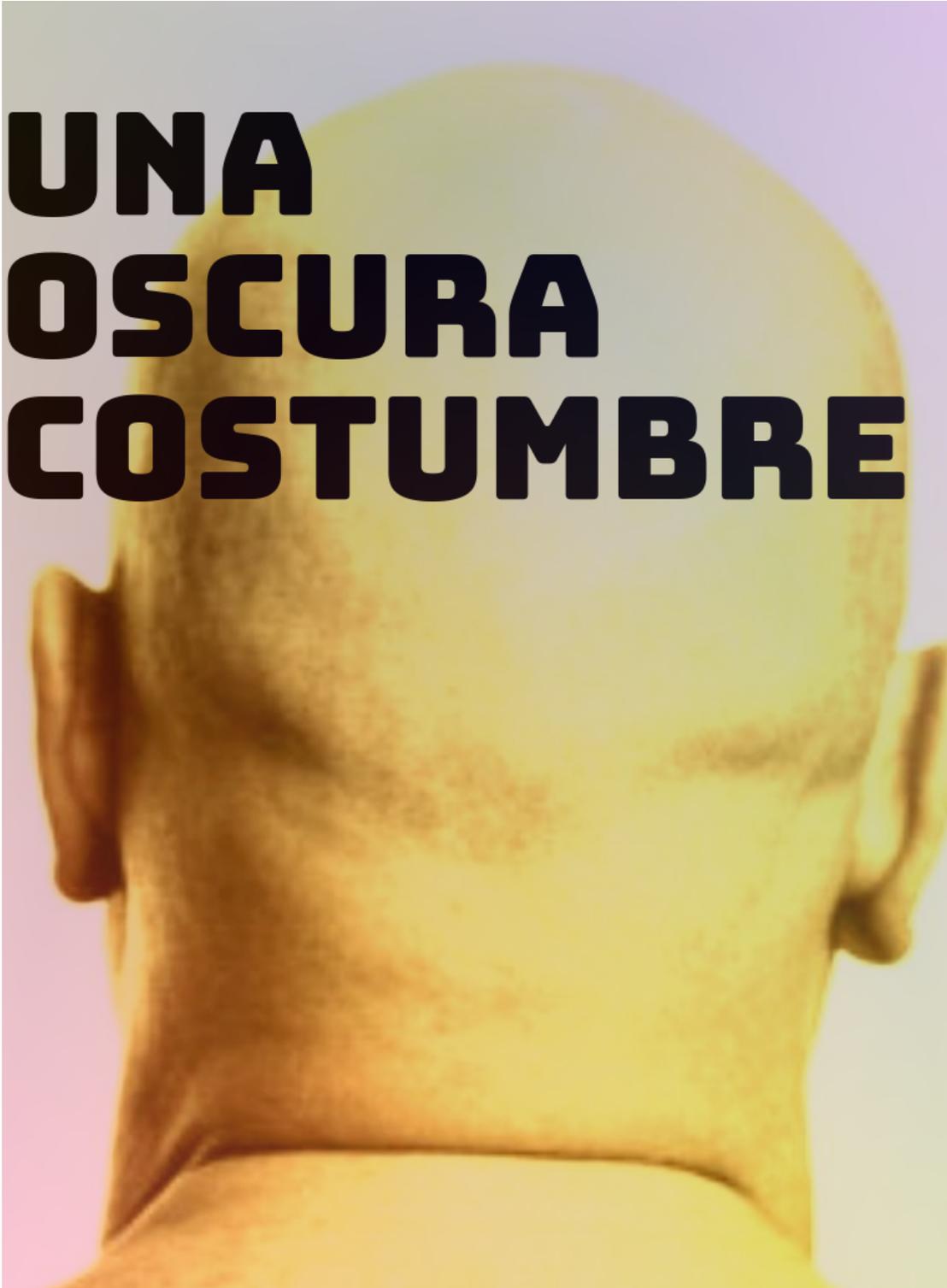


Una oscura costumbre

Carla Daniela

UNA OSCURA COSTUMBRE



Capítulo 1

Una oscura costumbre

Curiosamente, durante años fuimos perfectos desconocidos que si se conocían. No sabíamos quién era el otro, o su nombre, a que se dedicaba o a donde se dirigía, pero aun así, nos veíamos la cara todas las mañanas. Compartíamos un pequeño momento cotidiano. Me encantaba pensar en esto.

El subía y yo bajaba. Siempre nos encontrábamos en las mismas cuadras, nuestras miradas apenas se cruzaban timidamente y continuábamos nuestro paso, sin saludarnos, como si fuéramos dos personas que no son conscientes de la existencia del otro. Claro que yo si era consciente de el y siempre me gustó pensar que el de mi también, de hecho, puedo jurar que en el momento que pasábamos uno al lado del otro, podía escuchar un suave susurro: "Hola".

Al principio de nuestra historia, el era solo una persona mas en el mundo, no solía notar su ausencia y nunca me representé la idea de que este misterio deje de ser platónico.

Siempre estaba perfectamente rasurado. Cara y cabeza. Era un señor alto, de unos cuarenta y tantos años y con una panza prominente. Todos los días llevaba un bolso con forma extraña, como si el bolso haya sido diseñado para cargar algo específico ¿Algún instrumento? ¿Patines? ¿Algún repuesto?. Lo mas curioso de este personaje, era que siempre vestía para una ocasión distinta: Un día vestía de forma deportiva, al día siguiente de oficina y quizás al otro día vestía demasiado elegante, y así su "look" iba variando aleatoriamente, excepto su bolso que siempre era el mismo. Esto dificultaba mucho mi tarea de adivinar quien era o que hacía y me molestaba muchísimo, ya que yo siempre vestía igual. ¡Que fácil debía ser para el adivinar quien era yo!

Intenté adivinar el patrón: Por semanas registré en mi mente su vestimenta y así entender su rutina, algo así como que todos los Martes y Jueves iría al gimnasio, o quizás los Viernes iba vestido ya para un after office. Pero no. No había ningún patrón, o por lo menos, yo no lo pude descifrar.

Siempre fui amante de los misterios, siempre me gustó divertirme con lo que no está, más que con lo que sí está. A mi mente le encantaba volar. Me obsesionaban las curiosidades o los detalles ocultos. Me gustaba saber lo que generalmente nadie prestaba atención. Todo, todo, debía tener una explicación.

Mi hobby era observar la gente e imaginar que estará pensando en ese mismo instante. Como vera lo que estaba viendo yo. Cómo será su realidad en ese momento. Me parecía increíble la infinidad de posibilidades. La infinidad de diferencias. La infinidad de secretos. Inevitablemente solía sacar demasiadas conclusiones -por lo general equivocadas- e insistía con obsesionarme con pequeñas cosas que no tenían importancia.

Por otro lado, siempre me gustó mostrarme a mí misma como una persona misteriosa, aunque no lo fuera realmente.

En mi vida no ocurría nada especial, exótico o atrevido. Cada día odiaba más mi trabajo y cada día me sentía mas oprimida por la rutina.

Había comenzado a obsesionarme con la idea de abandonar todo y viajar como mochilera por Latinoamérica, no sé por qué. En realidad no me gustaba salir de casa y estaba tapadísima de deudas (Otra contra: Apreciaba los lujos). Creo que simplemente, detestaba que mis mañanas siempre sean iguales: Despertarme con mucha dificultad, lavarme los dientes, vestirme, caminar. Despertarme con mucha dificultad, lavarme los dientes, vestirme, caminar, despertarme con mucha dificultad, lavarme los dientes, vestirme, caminar.

Me la pasaba averiguando por pasajes y hoteles baratos, me compré zapatillas especiales, pero en el fondo sabía que no me iba a ir, en el fondo, sabía que a mi mente le gustaba viajar más que a mi cuerpo. El día que comprendí esa verdad mía, fue un cachetazo complicado. ¿Estaba condenada a ser una aburrida? La respuesta llegó como sin esperarla. Espontánea y al azar.

Una de esas mañanas, desperté demasiado tarde. Como pude, me vestí y salí corriendo de casa. Con el paso apurado, mi mente iba tejiendo alguna excusa creíble para decir en mi trabajo, pero vi algo que me distrajo totalmente. Al señor pelado, cruzando la plaza. ¡Pero claro! ¡A esta hora ya se adelantó en su camino! Lo que tanto me distrajo era su ruta ¿A donde podía ir cruzando la plaza? Para esos lados, solo había casas y el río.

Impulsivamente y sin pensarlo, giré mis pies y cambié mi rumbo. Podía sentir la adrenalina que explotaba en mi cerebro. Aún no sabía cuál era el plan, solo sabía que iba tras los pasos de él.

Me sentía muy divertida, me sentía muy atrevida. ¿Faltar al trabajo para seguir a un desconocido? Nadie hace eso. Mientras avanzaban mis pasos fui entrando en razón ¿Faltar al trabajo para seguir a un desconocido? No, nadie hace eso, ¡Y hay buenas razones para no hacerlo!

Ya había caminado mucho, estaba transpirada y sucia, si volvía al trabajo no habría excusa que me sirviera y sinceramente, no quería dejar de perseguirlo.

Caminaba a varios metros de él, lo suficiente cerca para no perderlo de vista, y lo suficiente lejos para que no me escuchara. Tal y como lo sospeché, llegamos al río. Esta parte de la costa no era la más linda, menos en época fría. Era la porción de río olvidada que la gente usaba de basurero. El río era turbio y correntoso.

¿Qué podría hacer un tipo de traje ahí? Estaba muy excitada, no podía parar de sonreír, mis manos transpiraban temblorosamente y trataba de hacer el menor ruido posible. No quisiera me descubra, o peor, interrumpirlo.

Caminó hasta la playa, apoyó su bolso y comenzó a desvestirse. ¡No podía creer lo que estaba viendo!

Totalmente desnudo, y sorprendentemente peludo, acercó sus pies al agua. Estuvo parado así, varios minutos. Cuando yo ya había empezado a creer que la diversión se acaba ahí, de repente corrió río adentro, y quedo sumergido hasta la cintura. Simultáneamente, profirió un grito escandalosamente fuerte. Un grito largo y profundo, agudo y grave.

Me asusté y casi grito yo también, pero me supe contener. Todavía me pregunto qué fue lo que me asustó tanto. No sé si habrá sido la sorpresa de escuchar un ruido tajante en ese silencio, o pensar que quizás se había lastimado y tenía que ayudarlo, o realizar que era un tipo loco y yo me encontraba demasiado cerca de él.

De todas formas, no me pude ir de ahí.

Seguía gritando, cada vez con menos intensidad y creo que comencé a entender lo que estaba pasando.

Cuando era chica, me tuve que mudar de ciudad a raíz de que mis padres se habían divorciado. Sufrí mucho la mudanza y mi mamá insistía que libere ese dolor de mi cuerpo. Tomaba clases de arte, danza, gimnasia, psicólogo, pero nada desahogaba el sufrimiento. O así pensaba ella, así que tomo cartas en el asunto por mano propia.

Una tarde, me llevó a un lugar alejado de todo, al lado de las vías y me dijo:

-Cuando pase el tren, vos grita.

Y cuando pasó el tren, no grité. Pero vi a mi mamá hacerlo. Gritó con tanta fuerza que su cuerpo se doblaba arriba y abajo. Digo "vi" porque

apenas la escuché, el ruido del tren tapó todos sus alaridos. Yo la miraba fascinada, la observaba con los ojos bien abiertos, sorprendida por la extraña situación y a la vez, avergonzada por si alguien desde algún vagón pudo escucharla. Apenas se alejó un poco el tren vi como ella se desarmaba de la risa y ahí entendí lo que me estaba queriendo regalar.

Esperamos al siguiente tren y gritamos juntas. Grité fuerte, grité libre, grité todo. Todas las vocales salieron de mi garganta, estomago o corazón, y tal como le sucedió a mi mamá, cuando terminé de gritar me desarmé en una carcajada inevitable. Fue un "desahogo" como le llamaba mi mamá. Un sentimiento liberador, un post-estornudo largo y perfecto, un pequeño orgasmo de no me importa nada.

Aunque no lo pudiera asegurar, creo que el pelado estaba haciendo lo mismo que hacíamos con mi mama al lado de las vías. Y no tenía más miedo.

Mientras iba bajando el volumen a sus gritos, comenzó a moverse de un lado para otro. Salió del agua y solo quedaron sus rodillas sumergidas.

Todo era tan extraño. Un extraño misterioso con una extraña rutina. Este personaje bailaba en silencio con los ojos bien cerrados, levantaba sus brazos al aire, movía sus caderas a un ritmo imaginario, tocaba su cuerpo, a veces rápido, a veces lento. Era bastante cautivador y yo no podía sacarle los ojos de encima.

Mi teléfono sonó y me volvió a la realidad. De repente tomé consciencia de lo que estaba haciendo: Estaba sola, en el rio, espiando a un hombre que grita y bailaba desnudo.

Abandoné el lugar y me perdí el final.

Cada mañana moría de ganas por preguntarle que hizo ese día, por qué lo hizo, que más hizo y si en ese momento se dirigía para allá. Ya no eran pocos los pensamientos que le dedicaba, era mi nueva obsesión. Cada vez que nos cruzábamos intentaba captar cada detalle de él. Cualquier cosa que me dé una pista, cualquier cosa que me ayude a resolver este acertijo. Lo miraba de arriba abajo. En mi respiración intentaba inhalar más profundo para poder captar cualquier tipo de olor, me concentraba en el ruido de sus susurros o sus pisadas, intentando absorber hasta sus pensamientos.

Soñé con él. Soñé con el gritando con mi mamá. Gritando y riendo. Lo soñé una y otra vez bailando con los ojos cerrados y sosteniendo su bolso raro. Nadando entre las vías, nadando entre la basura.

Me decidí espiarlo nuevamente. Lo seguí hasta la misma costa. Me escondí en el mismo lugar y observé mientras se desnudaba, apoyaba su bolso y

sumergía sus pies. Escuché los gritos que rompían el cielo y lo vi bailar. El mismo ritual, pero esta vez no me quería perderme el final.

Bailó aproximadamente media hora. Cada tanto, el ritmo silencioso iba cambiando.

A veces más rápido, a veces más lento.

De a poco fue limitando sus movimientos, hasta que solo su cabeza se movía. Se quedó quieto y parado sin hacer absolutamente nada más que mirar la corriente de agua pasar. Con una sonrisa en los labios, se vistió, tomó su bolso y se retiró. Lo seguí unas cuerdas, pero cuando se alejó mucho me asusté y decidí volver a la misma playa del río para investigar la escena. No me sorprendió cuando no encontré nada fuera de lugar. Lo único extraño ahí, fue él.

A la mañana siguiente nos volvimos a cruzar. Esta vez vestía ropa deportiva, lo cual intensificó mi intriga. Me preguntaba si con esa ropa, haría algo distinto y lo seguí nuevamente.

El ritual fue el mismo y ya comencé a fastidiarme. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué se vestía distinto cada día? ¿Simplemente era alguna extraña forma de meditación? ¿Había algo más? ¿Y el bolso? Aunque la idea era cada vez más tentadora, no podía perseguirlo todo el día.

Cada vez que lo veía con una vestimenta distinta, lo seguía y ya no me alcanzaban las excusas en mi trabajo.

Cada mañana, pensaba en presentarme con él.

Cada mañana, pensaba en preguntarle por qué.

Pero me tuve que morder la lengua. Me daba miedo admitir que lo había espiado. Que lo había visto desnudo, y muchas veces. No tenía otra opción que seguir espiándolo.

Ya era verano y ya se había vuelto una costumbre. Una oscura costumbre. Ya sentía lo macabro y aburrido. Pero no podía dejar de hacerlo, de verdad. Por lo menos una vez a la semana, íbamos al río y yo esperaba que sucediera algo nuevo. A veces nadaba un poco, a veces no bailaba, a veces bailaba demasiado, pero nada fuera de esta rutina –tan poco rutinaria–

Una semana de Febrero decidí abandonar mi costumbre. Me propuse comenzar una “abstinencia”. Cambié mi ruta de las mañanas para no cruzarnos más y fui a trabajar todos los días.

Lamentablemente, luego de un –demasiado- corto periodo, no aguante mas y tome el viejo camino. Al menos necesitaba saber cómo estaba vestido.

Nos cruzamos en la misma cuadra de siempre. Vestía un pantalón tipo caqui oscuro, una remera turquesa que le marcaba la panza y cargaba su maldito bolso raro.

Cuando nos cruzamos, harta de todo este circo, no aparté la mirada y lo desafié mirándolo fijamente a los ojos, queriendo que el sienta lo que me estaba haciendo, que se responsabilice de su tortura.

Para mi sorpresa, me guiñó el ojo. ¡Me guiñó el ojo! Me tomó desprevenida. ¿Sabía quién era yo? ¿Sabía que lo espiaba?

Esa mañana llegué al trabajo muy acalorada. Revuelta y confundida. No me importó mucho que mi jefe me haya llamado a su oficina para anunciar mi despido. Sentí un poco de culpa por haber faltado tantas veces, después de todo, no era un mal trabajo, sentí un poco de miedo también, no tenía ni idea como seguir, pero más que nada, sentí alivio.

Al día siguiente me vestí como si fuera a trabajar –para no levantar sospechas- y caminé por las mismas calles y a la misma hora que siempre, pero él no apareció. Volví a hacer el mismo camino, pero nada... pero nadie. Fui al rio y tampoco estaba.

Me sentí bastante decepcionada, ese día había decidido seguirlo hasta el final.

Al día siguiente repetí todo. La ropa, el camino, la hora, pero tampoco me lo crucé.

Al día siguiente, lo mismo. Nada.

Ningún día nos volvimos a cruzar. Ningún día el rio volvió a bailar.

Vacía y enojada volví a hacer el camino de todas las mañanas. Fui al rio, me desvestí, entré en esas aguas turbias y grité.

Grité fuerte, grité libre, grité todas las vocales.